

LUCAS ALAMÁN O LA PASIÓN POR LA CRÍTICA

*Javier Meza**

*...un buen patriota y un verdadero político considerarán siempre cuál es el mejor partido que se puede sacar de los materiales **existentes** en su Patria. **Inclinación a conservar, talento para mejorar: he ahí las dos cualidades que me harían juzgar de la bondad de un hombre de Estado.***

Edmund Burke

Nadie más inclinado a restaurar, y afirmar y mejorar; nadie más tímido en alterar y renovar... Desconfío mucho de las teorías políticas y más de las abstractas. Creo que cada nación tiene su carácter; que éste es el resultado de sus antiguas instituciones; que si con ellas se altera, con ellas se repara; que otros tiempos no piden precisamente otras instituciones sino una modificación de las antiguas.

Melchor Gaspar de Jovellanos

Según Arturo Arnáiz y Freg, Lucas Alamán "ha sido un escritor poco leído".¹ Medio siglo después de haber sido escrita la observación anterior la situación no ha cambiado

* Departamento de Política y Cultura, UAM-Xochimilco.

¹ Lucas Alamán, *Semblanzas e ideario*, prólogo y selección de Arturo Arnáiz y Freg, 1963, México, UNAM, p. v.

mucho. México es un país de silencios utilizados para sepultar o descalificar los pensamientos inoportunos. El propio Alamán lo sabía muy bien y pensaba que el español, en la península o aquí, acostumbraba atender con negligencia los problemas desagradables, aun siendo urgentes, o "tomar en ellos medidas que en un tiempo pudieron ser útiles, pero que cuando se llegan a dictar son ya fuera de sazón: el silencio parece que se considera como el mejor remedio en los casos arduos, ó se cree que las cosas han de dejar de suceder por no decirlas".² Si lo anterior ocurría con peninsulares o criollos, con los mestizos no fue diferente. No en balde Federico Gamboa pensaba que el valor de Alamán radica en que se había atrevido a decir la verdad en un país "donde el decirla, en materia política sobre todo, es grave pecado que no se perdona porque no conviene perdonar".³ El pasado acostumbra cobrar siempre su cuota y, en muchos aspectos, los vicios de ayer continuaban siendo los de hoy.

8 Desde el siglo XVIII la fe en el Progreso, en la Razón y en la Ciencia rebasó los límites del continente que la vio nacer y se extendió por la mayor parte del mundo. Sin duda, a principios del siglo XIX un rasgo común en las inteligencias de México es su eurocentrismo. Nuestros independentistas, como herederos de Europa y pertenecientes a un mundo en el que aún no existía una idea moderna de nacionalidad, no podían evitar mirar al país como una extensión de Europa, o bien, como algo que a pesar de que dejaba de pertenecer a Europa **no podía ni debía** dejar de imitarla. Unos, sin negar el valor de algunas ideas surgidas de la Ilustración inglesa y francesa, se identificaban más con una España católica e intolerante; otros, con la república norteamericana y en particular con las ideas emanadas de la Revolución francesa de 1789 que, a pesar de sus promesas de libertad, también dio paso a la

² Lucas Alamán, *Historia de México desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente*, prólogo de Moisés González Navarro, 1985, México, F.C.E., t. v, p. 555.

³ Federico Gamboa, "Pega pero escucha", *El Universal*, México, 2 de marzo de 1938. Citado por Moisés González Navarro, *op. cit.*, t. 1, p. xxiii.

intolerancia de la Razón. Pues, como ocurre casi siempre en la historia, la Ilustración opuso a una intolerancia otra intolerancia; por ejemplo, las logias masónicas, que aborrecían a las iglesias con sus ritos, símbolos, misterios y secretos, adoptaron de nuevo todo eso.⁴ En el mismo sentido el político irlandés Edmund Burke decía de los revolucionarios franceses: "Estos padres ateos tienen un fanatismo peculiar y han aprendido a hablar contra los monjes con espíritu de monje." Y el propio Alamán opinaba que "en la misma época en que más se ridiculiza la infalibilidad del Papa es en la que se ha consagrado el principio de la infalibilidad de los congresos".

El pensamiento de Lucas Alamán no deja de identificarse con la primera actitud eurocentrista descrita arriba: cautelosa y conservadora. No obstante, es muy difícil que al pensamiento y a los actos se les pueda contener en los estrechos límites de una definición. En efecto, decir conservador es decir todo y nada a la vez, pues Alamán en ocasiones fue más reformista que conservador, y en otras más progresista y liberal que los calificados oficialmente como tales. Sin duda, fue una personalidad despótica, pero así eran todos los tirios y troyanos del momento. Según González Navarro, las continuas derrotas políticas y la incompreensión llenaron su pensamiento de "prejuicios y de odios", de "acritud y violencia". Lo sabemos, las derrotas producen críticos feroces y no apólogos complacientes. Pero a pesar de todo el pesimismo posee ventajas; además de crítico es profético y realista y no importa que se le califique de amargo.

Lucas Alamán (1792-1853) supo ligar la teoría con la acción. En el plano político fue diputado a las Cortes de España (1820), Secretario de Estado y Ministro de Relaciones, primero en 1823, luego en 1830 y, finalmente, en 1853. También, en 1840, ocupó el cargo de director de la Junta de Industria y Trabajo. Organizó el Archivo General de la Nación y fundó el Museo de Antigüedades y de Historia Natural. Originario de Guanajuato, perteneció a una familia aristocrática y tuvo

⁴ Véase de Paul Hazard, *El pensamiento europeo en el siglo XVIII*, 1985, Madrid, Alianza, p. 235 s.

una educación cosmopolita. Era amigo de viajes, novedades y empresas, además de ser políglota y un lector ávido de autores clásicos y modernos. En sus escritos abundan las referencias a Cicerón, Tácito, Tito Livio, Virgilio, Racine, Molière, Voltaire, Diderot y la Biblia. Mención aparte merece la influencia en su pensamiento de Edmund Burke (1729-1797), uno de los críticos más inteligentes de la Revolución Francesa de 1789 y de la democracia propuesta por Juan Jacobo Rousseau.⁵ Además, preocupado por las ciencias físicas y naturales, se interesó por la industria, la agricultura, la minería y la Historia.

A pesar de ser profundamente católico logró, en muchos sentidos, conciliar la Razón y la Fe, el conocimiento y la religión. Conciliación que todavía hoy es difícil en un medio cargado tanto de autoritarismo neotomista como pseudoilustrado. Pues en México, es obvio, la idea morárquica religiosa que proponía la dirección del cuerpo social por una minoría elegida por derecho divino se fortaleció con el principio despótico ilustrado de que la sociedad debe estar gobernada por la minoría detentadora de los saberes. En efecto, la proliferación y el ordenamiento de saberes de la modernidad liberó pero también oprimió. Durante la Independencia sólo una minoría estaba capacitada para conocer las nuevas ideas, y por eso la Ilustración con su enorme riqueza no tuvo un profundo impacto en todos los niveles sociales. Y esa verdad cruel quizá influyó para que Alamán se debatiera entre el conservadurismo y el progreso y exigiera, por el bien del naciente país, dejar por:

10

un momento la intolerable presunción que nos hace estarnos llamando continuamente una nación ilustradísima quizá porque diciéndolo nosotros lo crean los demás que están lejos de hacernos ese elogio y examinamos con imparcialidad de quie-

⁵ Especialmente véase, Lucas Alamán, "Examen imparcial de la administración del general Vicepresidente D. Anastasio Bustamante, con observaciones generales sobre el estado de la república y consecuencias que esta debía producir", en *Obras de D. Lucas Alamán*. Documentos diversos (inéditos y muy raros), 1946, México, Jus, v. III.

nes se compone el corto número de hombres que poseen conocimientos generales, y el más corto aún que ha demostrado tener la aptitud necesaria para los negocios ya en la tribuna ya en el gabinete...⁶

Alamán perteneció a dos mundos: al de los despóticos privilegios que si bien sucumbían en Europa sobrevivían en América. Es decir, mientras el mundo moderno establecía monarquías constitucionales y democracias, nuestro país empezaba una larga carrera, aún vigente, por establecer ridículas copias de gobiernos democráticos. Las declamaciones y buenas intenciones, aun hechas ley, no impiden que las cosas dejen de ser. ¿Cómo exigirle a un pueblo religioso que de un momento a otro sea racionalista? ¿Cómo hablarle a los indígenas de libertad y justicia en un país que es uno de los más injustos del mundo? ¿Cómo pedirle a un pueblo mayoritariamente analfabeto que dé su voto por la democracia? Nuestra Ilustración fue pobre, y las ideas de libertad no destruyeron el mundo del privilegio señorial de una aristocracia y una burguesía mayoritariamente mediocres, y el de una religión preocupada más por engendrar esclavos que hombres libres.

En un país contradictorio, desgarrado por odios y ambiciones, Alamán buscó explicaciones que ayudasen a mejorar las condiciones sociales, políticas y económicas, y como profundo conocedor de su realidad no tuvo más remedio que rechazar los brutales cambios que pretendían imponerse a un contexto demasiado lastrado por su pasado. En efecto, la riqueza y fuerza de su análisis radicó sobre todo en su memoria histórica, que le permitió enfrentarse a las necesidades y retos de su presente. Pensaba que una política verdadera requiere experiencia, y ésta, como la vida es breve, únicamente puede encontrarse en la historia.⁷ De ahí que considerase indispensable que los pueblos, para guiar mejor su destino, aprendiesen historia, pero sobre todo la propia. Pues sólo así se podía ser cauto y lógico al momento de destruir y construir. Según Valadés:

⁶ *Op. cit.*, p. 263.

⁷ *Op. cit.*, p. 239.

Alamán por su criterio filosófico, por sus creencias religiosas y políticas, hace a veces de la historia una escuela de moral; es así muy severo en el análisis: no pierde a los hombres ni a los hechos; busca más que el influjo de éstos, la liga que han tenido 'entre sí de manera que en los primeros eche de ver la causa productora de los últimos, y en éstos la consecuencia precisa de aquéllos, con el fin de guiarse en los sucesivo por la experiencia del pasado' para 'hacer que la generación venidera sea más cauta que la presente', creyendo que así puede haber producido el mayor bien que puede resultar del estudio de la historia.⁸

Aquí, como en otros aspectos, Alamán siguió a Edmund Burke, quien pensaba que los hombres debíamos usar la historia con precaución y sacar de ella lecciones morales, y aprendiendo de los errores del pasado fincar la sabiduría del futuro, sin pervertir la historia buscando en ella argumentos para desatar la violencia en la sociedad.⁹

12 Alamán, como racionalista, reconocía la importancia de la violencia en la Historia, pero como religioso creía que ella era más bien un recurso de la Providencia Divina, quien se encargaba de extraer de los acontecimientos el bien del mal. Por eso, decía, las guerras y las conquistas permitieron la unificación de los pueblos: primero con Roma, luego con los bárbaros, y finalmente con el cristianismo. Todo eso

⁸ José Valadés, *Alamán: estadista e historiador*, 1977, México, UNAM, p. 453.

⁹ "Hay en la historia una gran parte que está todavía por desarrollar y que serviría para nuestra instrucción si sacáramos de los errores y debilidades que ha cometido la humanidad en el pasado los materiales de la sabiduría futura. Pervirtida la historia, puede servir como arsenal que nos dé defensivas y ofensivas para los distintos partidos de la Iglesia y el Estado y medios de mantener vivas —o de resucitar— las disensiones y animosidades y de añadir combustible a la violencia civil". Edmund Burke. "Reflexiones sobre la revolución francesa" (1790), en *Textos políticos*, 1984, México, F.C.E., p. 164.

provocó que el estado social mejorase y las Luces y los conocimientos se extendiesen.¹⁰ La guerra, como condición de progreso, también la veía en la conquista de América, y recomendaba que el historiador al analizarla fuera capaz de reconocer en ella tanto los crímenes como las ventajas, pero sobre todo reconocer un hecho indiscutible: que gracias a esa guerra había surgido la actual nación mexicana. Y si el país necesitaba cambios, éstos había que hacerlos sin borrar el pasado de un plumazo o tergiversándolo como pretendían los furores nacionalistas. El México del siglo XIX era producto de tres siglos anteriores, tres siglos que se tendrían que estudiar con detenimiento "antes de hacer ligeramente alteraciones".¹¹ La prueba de que la nación mexicana se había formado con el dominio español la encontraba en que desde ese momento surgieron los elementos que la componían como "nuestros usos y costumbres", la legislación, y nuestro "estado político, civil y religioso". Sin embargo, a pesar de reconocer el papel de la violencia en la historia, nuestro autor repudió las guerras de Independencia porque ya no creía necesarias las rupturas y los cambios bruscos. Quizá, como algunos de los ilustrados, pensaba que cuando las sociedades accedían a la Edad de la Razón la historia se debía detener y expulsar la violencia de su seno por innecesaria.

Para la élite intelectual de la Independencia la realidad mexicana era terrible. El país ciertamente estaba ligado a Occidente por la lengua, la política, la religión, etc., pero no se parecía demasiado a Europa. Alamán lo sabía bien y por eso recomendaba prudencia. Partidario de un eurocentrismo que no creía mucho en novedades, y como admirador de Edmund Burke pensaba que la imitación de lo europeo debía hacerse con moderación y buscando siempre lo que conviniera más al país. México no era Europa y más que adoptar costumbres había que adaptarlas. Pero para hacerlo bien, era necesario conocer tanto nuestro pasado como la mayoría de las culturas de los pueblos europeos, y

¹⁰ Lucas Alamán, *Disertaciones sobre la historia de México*, 1985, México, Jus, t. 1, p. 103.

¹¹ *Op. cit.*, p. 4.

sólo entonces elegir. Esto es, como las sociedades no surgen de la nada necesitan saber los antecedentes de su herencia.

Políticamente, antes de viajar a Europa, Alamán prefería el modelo político inglés y rechazaba los modelos de Francia y los Estados Unidos de Norteamérica. A su juicio, por los antecedentes históricos, al país le convenía más una monarquía moderada constitucional. Pero además, como hombre acostumbrado a jugar con las ideas, pensaba que un rey podía haber servido de equilibrio y moderación "a las diversas razas", evitando que una de ellas predominara sobre las otras o bien que:

puedan dañarse y destruirse entre sí, hasta hacerse la una exclusivamente de la autoridad con ruina de las demás,... y esto sólo puede lograrse estableciendo un poder de tal manera superior á todas y tan independiente de ellas, que aunque por el origen de las personas en que resida, esté ligado con algunas de las diversas razas que le estén sujetas, por la preeminencia legal que goce pueda mirarlas a todas como iguales y atender sin ninguna diferencia al bien y prosperidad de cada una, protegiendo de preferencia á las más débiles y oprimidas, como sucedió en América con la autoridad de los reyes de España respecto a los indios.¹²

14

¹² *Op. cit.*, p. 111-2. La idea de Alamán nos recuerda mucho la de Benjamín Constant: "La monarquía constitucional nos ofrece,... ese poder neutral, tan necesario para el ejercicio normal de la libertad. El rey, en un país libre, es un ser aparte, superior a la diversidad de opiniones, sin otro interés que el mantenimiento del orden y de la libertad, sin poder entrar jamás en la condición común, inaccesible, en consecuencia, a todas las pasiones que tal condición hace nacer y a todas las que la perspectiva de volver a ella alienta en el corazón de los agentes que están investidos de una potestad momentánea... El monarca flota, por decirlo así, por encima de las agitaciones humanas." *Principios de política*, introducción de José Alvarez Junco, 1970, Madrid, Aguilar, p. 22.

La preferencia de Alamán por la figura del rey obedecía a que pensaba que el gobierno postindependentista, en concordancia con el pasado, tenía cierta forma aristocrática. Pero también era una inclinación romántica propia del momento.¹³ No obstante, cuando Iturbide fue coronado emperador, se convenció de que dicha clase, además de improvisada y ridícula, era incapaz de gobernar por estúpida. Luego, Joel Poinsett, el famoso enviado norteamericano, por medio de intrigas y consejos, se encargó de destruirla e implantó una república que Alamán calificó de caricatura. Y lo hizo así porque consideraba que esta forma de gobierno político era imposible en un país en el que "el pueblo no toma parte en las cosas públicas", y ella más bien se establecía para satisfacer las ambiciones de una minoría.

A pesar de que en 1824 se inclinó por "La República central, con cierta amplitud de facultades en las provincias, divididas éstas en territorios más pequeños, para poder hacer el bien local sin los inconvenientes que producen las soberanías de los estados",¹⁴ continuó consciente de las limitaciones de un gobierno democrático, pues los liberales, inspirados en la Constitución de los Estados Unidos y la de Cádiz, optaron por la división de poderes y la federación de Estados sin aceptar que nuestras circunstancias eran diferentes. La Constitución de Cádiz era una copia de la Constitución de la Asamblea Constituyente de Francia y ella se caracterizó por debilitar el poder ejecutivo para fortalecer el legislativo. Y según Alamán, en otras palabras lo que se hizo fue sólo trasladar el antiguo poder arbitrario del rey al legislativo, pasando así de la tiranía de uno a la tiranía de muchos. Nuestro país, por el afán de copiar modas y por nuestra falta de capacidad política, hizo lo mismo y a la larga se provocó que el ejecutivo, por su debilidad, buscara

15

¹³ Burke, comparando el mundo que desaparecía y el que surgía, decía: "...la época de la caballería ha pasado. Le ha sucedido la de los sofistas, economistas y calculadores y la gloria de Europa se ha extinguido para siempre", *op. cit.*, p. 107.

¹⁴ Lucas Alamán, *Historia de México desde...* *op. cit.*, v. 5, p. 807.

dominar al legislativo y al judicial violando la Constitución.¹⁵ Acerca del federalismo de los estados, reconocía que en el país vecino primero se formaron los diferentes estados sin mezclarse con los naturales, y sólo cuando se independizaron de Inglaterra decidieron federarse. Además, la población estaba acostumbrada a sus códigos y constituciones y con su revolución no tuvieron que destruir nada. México, en cambio, optó por destruir todo lo anterior y establecer instituciones contrarias a las que se conocían.

Los repetidos fracasos de los gobiernos y las guerras civiles le confirmaron las dudas que tenía acerca de la capacidad política del pueblo, y los peligros que se desatan cuando se pretende imponer una democracia en un contexto carente de educación civil. El resultado de trasladar e imponer teorías abstractas a una realidad inadecuada sólo podía traer una democracia ficticia, nada más de nombre. Para lograr lo contrario se necesitaba primero educar al pueblo con gobiernos simples y luego empezar a adoptar formas populares. En caso contrario se seguirían arrastrando los vicios que aún forman parte de nuestra realidad política: cuerpos representativos viciados y carentes de auténtica representación; triunfos políticos debidos a la astucia, a la manipulación y a la fuerza y nunca a la polémica y a la libre elección; politicastros cínicos con ambición desmedida por hacer fortuna, y desinteresados por los asuntos públicos. Por tanto, acerca del sistema representativo pensaba que:

...en México, donde no hay opinión formada en el pueblo, donde las elecciones primarias se hacen al arbitrio de los comisio-

¹⁵ Véase "Examen imparcial de la administración del General...", *op. cit.*, p. 246. La misma crítica se encuentra en Burke, quien consideraba que la Asamblea General de la Revolución Francesa, como soberana, maniató a los otros poderes, y convertía al Ejecutivo en un ser degradado que sólo ejecutaba órdenes. Es decir, se convertía en una especie de notario encargado de sólo dar fe, o bien en un jefe de alguaciles, de verdugos o de carceleros, *ibidem*.

nados para formar los padrones, y las de segundo y tercer grado son el resultado de las intrigas que se ponen en ejercicio con los electores primarios y secundarios, el sistema representativo no es una mera ficción, como casi en todas partes, sino una verdadera ironía, y por esto cada partido tiene á mano sus diputados y senadores, para que salgan á la escena según lo pide la ocasión, de donde provienen las frecuentes disoluciones de congresos, á que la nación se manifiesta indiferente, como que se trata de cuerpos que no le pertenecen.¹⁶

De las instituciones modernas desconfiaba, y las cuestionaba por extremistas, ya que del absolutismo de uno transitaban "al absolutismo de los cuerpos colegiados". Y como buen romántico prefería a los hombres providenciales. A su juicio, por ejemplo, el gobierno de Hernán Cortés había obtenido más logros que otros que le siguieron, y eso demostraba que "no es la variación de formas políticas lo que hace la prosperidad de las naciones sino la calidad de los hombres". Es decir, prefería a los hombres virtuosos porque las instituciones políticas "no han llegado, ni es probable que lleguen nunca, á un grado de perfección tal que obliguen al que gobierna á obrar bien, por efecto de la limitación de facultades que se les señalen, y todo será siempre efecto de las calidades personales de los individuos".¹⁷ La virtud incluso le resultaba más importante que la inteligencia, y consideraba que un buen gobernante sólo requería "decoro y probidad", y eso sólo podía aprenderlo con la clase poseedora y no con el político ni el militar. Así, para él, antes que el destino estaba la voluntad humana, y quizá por eso, era capaz de rebelarse en contra de la república liberal pues no la consideraba el producto lógico de una necesidad histórica, sino más bien fruto de la pasión.

Preocupado porque el voto no se ejercía realmente debido a la falta de "ilustración" y espíritu público, defendió el ayuntamiento como ins-

¹⁶ *Historia de México desde...*, op. cit., v. 5, p. 856-7.

¹⁷ *Disertaciones sobre la historia de México*, op. cit., t. 1, p. 200.

titución democrática, y como la única institución mediante la que se podía lograr la participación colectiva para buscar solución a los problemas sociales. Los cuerpos municipales, en su origen, eran una institución liberal opuesta al poder de la nobleza, y fue España quien la trajo a México. En un principio, el municipio ejerció funciones legislativas, y los gobernadores presentaban ante éste sus nombramientos y prestaban juramento porque: "él decidía en las cuestiones que entre ellos se suscitaban, calificaba sus derechos y facultades, é imponía la pena de muerte a los que desobedeciesen las providencias que de él mismo emanaban".¹⁸ Su oposición al federalismo también se debía, según Alamán, a que éste exigía la libertad de los estados pero se oponía a la libertad de los ayuntamientos. Su credibilidad en esta institución la hizo patente cuando en julio de 1848 le tocó presidir el Ayuntamiento de la ciudad de México, pues en su discurso de posesión dijo:

18

Fueron los cuerpos municipales en su origen el principio y la base de la libertad civil: los fueros o cartas de privilegios de las ciudades y villas, eran una parte esencial de las instituciones nacionales, y la observancia de estos fueros fué por mucho tiempo la seguridad que tuvieron las personas y las propiedades. Las facultades de estos cuerpos...eran grandes, y grandes también fue el beneficio que con ellas hicieron.¹⁹

Desgraciadamente el ayuntamiento no hechó raíces en México, pues la disputa que Carlos V sostuvo en la península en 1520 contra las libertades comunales, como los fueros y las leyes, se resolvió a favor del poder absoluto del monarca.²⁰ Y eso trajo una consecuencia nefasta para el país, pues si el ayuntamiento se hubiera desarrollado, sin

¹⁸ *Ibidem*, p. 168.

¹⁹ Citado por José Valadés, *op. cit.*, p. 453.

²⁰ Alamán tenía razón. Acerca de ésta importante lucha véase de Joseph Pérez, *La revolución de las comunidades de Castilla (1520-1521)*, 1977, Madrid, Siglo XXI.

duda Nueva España "...hubiera tenido desde su principio una legislatura colonial, y acostumbrada la nación á discutir libremente sus propios intereses, la independencia se habría hecho por sí misma, y no habría habido todas las dificultades que hemos tenido que vencer para la organización de su gobierno".²¹

Como conocedor serio de la historia, Alamán también vio la necesidad de desmitificar la historiografía nacionalista postindependentista pues sabía que un pueblo sin memoria histórica es presa fácil de la mentira. Siguiendo a Burke y a su crítica acerca de la perversión de la historia, denunció cómo algunos escritores desataban las pasiones del populacho planteando, por ejemplo, que los españoles nos habían destruido como nación para someternos. Y, en general, utilizando la crítica excesiva a lo español buscaban "ocultar o disminuir los bienes que hizo y empleando estas declamaciones como una arma permitida durante la guerra, servirse de la odiosidad que ellas causaban como de medio muy oportuno de defensa".²² En efecto, para cierto tipo de historiografía México ya existía como nación antes de la conquista española y con la Independencia recobró su libertad. De esta manera aberrante, se empezaron a negar los nexos que México tiene con su pasado llamado colonial, y a sostener que nuestro país guardaba más relación con el mundo indígena que con la cultura española. A Alamán le pareció que este tipo de historia no obedecía al análisis riguroso y sí más bien a la pasión y a la declamación. Un verdadero historiador no debía indignarse por la conquista. Cuando ella ocurrió, por un lado, América se encontraba en desventaja ante Europa, y eso la convertía en presa fácil y, por otro lado, cualquier país europeo la hubiera descubierto y conquistado, dado que el continente en esos momentos estaba dominado

²¹ *Disertaciones sobre la historia de México, op. cit.*, t. I, p. 125.

²² *Ibidem*, p. 8. Burke, sobre los pervertidores de la historia decía: "Creen estar haciendo la guerra a la intolerancia, el orgullo y la crueldad, en tanto que, so color de aborrecer los malos principios de los partidos antiguos autorizan y alimentan los mismos vicios odiosos en facciones diferentes y a veces peores". *Op. cit.*, p. 165.

por el deseo de conquista, por "un celo religioso", y por un segundo espíritu de cruzada y mercantil. Para su gusto, la nueva historiografía nacionalista era mentirosa y ridícula. Pedía, por ejemplo, escribir México con X y no con J o, también, reivindicaba los derechos de Moctezuma, lo cual era "como si los ingleses de ahora pretendiesen vengar los agravios que los romanos hicieron á la reina Boadicea y á sus hijos".²³ También era falso hablar de la "justicia de la independencia" contraponiéndola a la "injusticia de la conquista" pues eso significaba dejar sin patria "á las dos terceras partes de los habitantes actuales de la república". Por tanto, como historiador, recomendaba no venerar supersticiosamente al pasado ni rechazarlo, y aceptar que la irreversible conquista "...ha venido á crear una nueva nación en la cual no queda rastro alguno de lo que antes existió; religión, lengua, costumbres, leyes, habitantes, todo es resultado de la conquista y en ella no deben examinarse los males pasajeros que causó, sino los efectos permanentes, los bienes que ha producido y que permanecerán mientras exista esta nación".²⁴

La mentira de que México ya era una nación antes de la conquista había empezado con los propios consumidores de la independencia, quienes en el acta asentaron que "La nación mejicana, que por trecientos años ni ha tenido voluntad propia, ni libre el uso de la voz, sale hoy de la opresión en que ha vivido".²⁵ A su juicio, lo anterior era un error que resultó pernicioso, y fue extraño que:

O-Donojú, Bárcena, Monte-agudo, y demas españoles vocales de la junta, diesen su voto de aprobación á un documento, por el que se declaraba á la nación española opresora de la que había sido creada por ella, y se suponía haber privado hasta del uso de la voz durante trecientos años á la mexicana, que aunque con el antiguo nombre, era muy distinta de la que había

²³ *Disertaciones sobre la historia de México, op. cit.*, t. 1, p. 106.

²⁴ *Ibidem*, p. 106.

²⁵ Véase *Historia de México desde...*, *op. cit.*, v. 5, p. 336.

sido conquistada, y era entonces cuando comenzaba a existir con los nuevos elementos que la componían.²⁶

Otro aspecto que para la aguda crítica de Alamán no pasó desapercibido fue la mentira que la historiografía nacionalista realizó con las guerras de independencia al plantear que en ellas, desde sus inicios hasta su terminación, existía continuidad. Con esto identificaron los ideales de Hidalgo con los de Iturbide, cuando en realidad los diez años de guerra civil iniciados por el pueblo y por sectores de la clase media no lograron la independencia, y tuvieron que esperar a que ella fuese consumada por las clases que inicialmente se oponían al movimiento.²⁷

Supuestamente la época de las banderas ideológicas ha concluido, pero a pesar de ello todavía nos sigue resultando incomprensible el romanticismo conservador de Lucas Alamán. Quizá, como él decía, seguimos siendo un pueblo con miedo a la verdad y despreocupados por nuestro pasado histórico, lo cual nos aleja de un pensador de primera, que, siguiendo a Burke, desconfiaba de los principios abstractos, de la demagogia de las democracias, y de la imbecilidad de querer olvidar el pasado siendo su peso imborrable, y de que el presente sólo se puede "cambiar más que conservando...(y) no conservar más que cambiando".

²⁶ *Ibidem*, p. 374.

²⁷ La paradoja anterior la analiza muy bien Luis Villoro, quien pone de manifiesto cómo la independencia la consumaron el clero, las clases altas y el ejército buscando no cambiar el estado de cosas para no perder sus privilegios. Véase *El proceso ideológico de la Revolución de Independencia*, 1967, México, UNAM.

